

# La Sociología: Una introducción a la Sociología I

## 2. Hombre y Sociedad

<https://canal.uned.es/mmobj/index/id/50286/hash/0f304eddb4ad6007a3093fd6d963a1d2>

**Presentador.** El hombre es un ser social. Siempre ha vivido en sociedad como un hecho natural casi sin reparar en ello, al igual que el pez no repara en el agua o los seres vivos terrestres no reparamos en el aire. Lo social es tan importante para el hombre como el agua o el aire para los seres vivos. Basta que algo falle en el agua, en el aire o en el entorno social para que prestemos mayor atención a su carácter fundamental.

¿Es posible un hombre fuera de la sociedad? Biológicamente sabemos que no es posible, ya que todo hombre, antes de su nacimiento, está condicionado por diversas costumbres y modos de organización social, como las formas de relación y emparejamiento, las reglamentaciones de matrimonio, que determinan con quién nos podemos casar, a qué edad, de qué manera. En las sociedades actuales, antes de nacer, un niño ha pasado por el filtro social de numerosos usos y costumbres, por instituciones sociales y jurídicas que regulan los matrimonios, por instituciones médicas que cuidan de las condiciones del parto y todo un conjunto de actividades económicas y mercantiles relacionadas con el propio hecho de nacer.

Pero, una vez nacido, ¿qué sería de un niño sin la sociedad? El director de cine francés François Truffaut realizó una película basada en un hecho real en la que se planteaba este problema: *El niño salvaje*.

Era la historia de un bebé que, abandonado en un bosque, había sido criado por unos lobos creciendo en un ambiente salvaje sin contacto con la sociedad. Un niño que andaba a cuatro patas, que vivía y se comportaba como un animal. La película relata las dificultades para lograr una socialización tardía de ese niño, para enseñarle a hablar, a comer y a comportarse como un ser humano, de acuerdo a las costumbres y a los patrones culturales en los que todo niño es incluido desde los primeros meses de vida.

La historia contada en esta película nos sirve para comprender la importancia que todo este aprendizaje de costumbres, de modos de comportarse, de relacionarse y de comunicarse tiene para todo ser humano desde los primeros meses de su vida. Todo ello forma un conjunto de pautas y patrones de conducta social sin los cuales los seres humanos se podrían ver reducidos a la condición de ese niño que protagonizaba la película de Truffaut.

La importancia de esta dimensión social del hombre ya fue subrayada por los grandes pensadores griegos. Aristóteles, en su libro *La Política*, definió al hombre como *zoon politikón*, es decir, como un ser social por naturaleza, como un ser que solo alcanzaba su verdadera naturaleza viviendo en la polis, en la sociedad. El hombre es un ser naturalmente sociable, decía Aristóteles,

y aquel que vive fuera de la sociedad, por organización y no por efecto del azar es o un ser degradado, o un ser superior a la especie humana: o es un bruto, o es un dios.

Las investigaciones de los biólogos, los antropólogos, los paleontólogos y los científicos sociales han hecho posible que actualmente conozcamos mejor la manera en que tuvieron lugar los procesos de evolución biológica y social del hombre.

El hombre ha sido el resultado de un doble proceso de evolución biológica y social que tiene su origen en un dilatado proceso de evolución general de las especies cuyas raíces más inmediatas podemos encontrarlas a partir de algunas especies sociables de grandes primates, que por determinadas circunstancias y cambios adaptativos empezaron a desarrollar una posición erguida. Esta posición corrió paralela a un mayor desarrollo de las capacidades hacedoras y manipuladoras de las extremidades superiores, dando lugar, a su vez, al empleo de útiles más idóneos para la obtención de alimentos y, especialmente, para la caza. Estas innovaciones permitieron unas dietas más variadas y ricas en proteínas, conllevando, asimismo, un mayor reforzamiento de los lazos de cooperación, tanto para la organización de las tareas de caza como para la distribución de alimentos y su preparación para el consumo: acarreo, despiece, condimentación, conservación. Y todo esto dio lugar a unas sociedades cada vez más complejas, con una creciente división y especialización de tareas.

Este proceso de evolución biológica y social se produjo en espacios de tiempo muy dilatados. Pensemos que, en comparación con los 2 000 años de la cronología cristiana, se estima que el Homo sapiens cuenta con más de 100 000 años de vida en la tierra, que el Homo erectus prolongó su presencia durante cerca de millón y medio de años y que las huellas del Homo habilis pueden ser rastreadas durante más de otro millón y medio de años anterior. En una perspectiva como esta, los orígenes del hombre habría que situarlos en un contexto de una naturaleza inhóspita en la que unos seres que contaran con similares dotaciones biológicas, en principio, presentaban los rasgos propios de una desadaptación al medio: poca fortaleza física, poca rapidez de desplazamiento, piel demasiado fina, falta de medios naturales de ataque y defensa, poca adecuación para una alimentación diversificada, carencia de incisivos punzantes, mandíbulas poco fuertes, insuficiente madurez psicomotora en los primeros años de vida. De acuerdo a la lógica de las leyes inexorables de la naturaleza, una especie de este tipo parecía, en principio, claramente destinada a desaparecer.

¿Por qué pudo sobrevivir el hombre? Básicamente, por su carácter social, que le permitió enfrentarse al proceso de adaptación a la naturaleza de una manera organizada, con formas cada vez más complejas y eficaces de organización social. La sociedad, pues, nos permite comprender no solo la adaptación del ser humano a la naturaleza, sino la misma naturaleza del hombre como ser moldeado por su sociedad y cultura.

De esta manera, lo social debe ser visto como una dimensión fundamental del

hombre en la medida que no es posible concebir al hombre sin su sociedad. Muchos seres vivos, sacados de su medio, pueden conservar las principales características de su especie, sin embargo, en el hombre esto no resulta posible. El hombre fuera de su sociedad, sin ser socializado en los patrones de su cultura, deviene no solo un ser indefenso e incluso inviable durante el primer periodo de su vida, sino que resultaría también un ser totalmente diferente a lo que hoy entendemos por hombre.

Esa es la condición humana, nuestro carácter de seres sociales, pero, si lo social es tan importante, ¿por qué no ha existido hasta tiempos tan recientes una rama del conocimiento que se ocupara de su estudio? ¿Por qué la sociología no apareció hasta bien avanzado el siglo XIX?

Después del florecimiento de la cultura griega, la verdad es que la reflexión sobre el carácter esencial de lo social prácticamente se perdió a lo largo de muchos siglos. Durante un extenso periodo de tiempo, que llega hasta el siglo XVIII, los hombres vivieron en comunidades bastante estables: nacían, vivían, trabajaban, se casaban y morían como sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, sometidos a los mismos poderes, influidos por las mismas costumbres y bajo la dependencia de las mismas creencias. Todo era igual, generación tras generación. Los hombres no se desplazaban de los lugares donde nacían, se encontraban sometidos a un horizonte espacial limitado y a unos ritmos de vida determinados por la lógica más biológica e inmediata de la naturaleza: la cosecha, las lluvias, la recolección, los avatares básicos de la existencia. Nada se cuestionaba, nada se alteraba, hasta el poder político se veía como un hecho natural, hereditario, incuestionado y sancionado por el poder divino que encarnaba la iglesia. Sin embargo, todo ese mundo estático, natural y sometido a los poderes de la iglesia y la corona empezó a resquebrajarse en el siglo XVIII bajo el impulso de impresionantes procesos de cambio que abrieron el camino a una ciencia específica de la sociedad.

De eso nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Transcripción de Tomás Costal